

8. Beber el cáliz de Cristo

A Jesús nunca le irritó que sus discípulos estuvieran llenos de limitaciones y fueran incapaces de cambiar. Le entristecía e irritaba ver que pretendían hacerlo por su cuenta, que se sentían capaces de dar la vida por Él con sus propias fuerzas, encaminándose así directamente al fracaso, a la infidelidad, a la traición mezquina, como lo fue para Pedro, de su vocación de seguirle con confianza.

Como cuando los hijos de Zebedeo se presentaron ante Jesús acompañados de su madre para pedir tener los dos primeros puestos en el Reino de los Cielos después de Jesús, es decir, estar a su derecha y a su izquierda (cf. Mt 20,20ss). Quién sabe, si Jesús se lo hubiera concedido, no se habrían encontrado aún en el cielo discutiendo entre los dos sobre quién debía sentarse a la derecha y quién a la izquierda. La ambición, en efecto, nunca encuentra descanso, siempre ve un lugar mejor que el suyo para conquistar. Nosotros también nos dejamos llevar psicológicamente por alguna “madre” o “padre” que nos susurra que no somos lo suficientemente valorados, que deberíamos dar un paso adelante, conseguir un ascenso.

Jesús, en esta escena, no pierde tiempo en discutir con la ambiciosa madre, también porque sabe que las madres son así y también está bien en ellas querer lo mejor para sus hijos. Sin embargo, Jesús ha llamado a Santiago y a Juan para que le sigan, y se preocupa por su vocación y su verdad al seguirle. Jesús quiere que se le siga en la verdad. Sabe que si le sigues mal puedes acabar traicionando y ahorcándote como Judas. Ciertamente, Judas tenía una buena vocación apostólica, porque el propio Jesús le llamó, y ¿quién mejor que Cristo podía discernir una vocación? Pero no permitió que Cristo le enseñara a seguirle ayudándole a experimentar una verdadera conversión, pasando de buscar sus propios intereses a buscar los de Jesús. Esto llevó al fracaso de la vocación de Judas.

Por eso, Jesús pone inmediatamente a Santiago y a Juan en el camino correcto: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?” (Mt 20,22).

Responden inmediatamente, sin dudarlo: “¡Podemos!”. Son jóvenes, entusiastas, presuntuosos, ciertamente generosos. No sólo no saben lo que piden, sino que ni siquiera saben lo que realmente pueden prometer. No saben lo que significa beber la copa de Jesús. Por supuesto, beber de la misma copa es un signo de comunión, de amistad, significa compartir el mismo destino. Pero Santiago y Juan, al igual que los demás apóstoles, no saben que comunicar al destino de Cristo significa beber con Él el cáliz de la Pasión, el que el propio Jesús aceptará no sin dificultad de manos del Padre: “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú” (Mt 26,39).

Observamos que Jesús no apaga el entusiasmo de los dos discípulos: “Mi cáliz lo beberéis” (Mt 20,23). No añade, sin embargo, que no podrán beberlo por sus propias fuerzas, sino por la gracia del Espíritu que recibirán después de que Cristo haya bebido primero y solo, abandonado por todos ellos, el cáliz de la Pasión hasta la muerte en la Cruz.

Siempre me ha impresionado el Salmo 115: “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles”. (Sal 115,12-15)

Es una profecía de nuestra participación eucarística en la Pasión de Cristo. Hemos recibido todo del Señor. ¿Cómo ser verdaderamente agradecido con Él? ¿Cómo rendir a Aquel que ya nos ha dado todo lo que tenemos y somos? Nuestro agradecimiento a Dios nunca puede ser otro que un “dar gracias”, un “pagarle” lo que hemos recibido, con todo lo que tenemos y somos. Pero ahora sabemos que el Padre nos ha dado a su Hijo, nos lo ha entregado con la Encarnación y la Pasión redentora, y entonces tenemos realmente algo infinitamente precioso que ofrecer al Padre para agradecerle todo, para devolverle todo: el Hijo mismo, ofrecido en el Pan y el Vino, ofrecido en el cáliz de la Salvación invocando el nombre del Señor, adorando su Presencia.

Sólo dentro de este misterio podemos entonces decir con verdad: “¡Sí, podemos beber el cáliz de Cristo, podemos compartir el destino de Cristo, podemos morir con Él!” Pero no porque seamos capaces, como creyeron Santiago y Juan, como creyó Pedro. Podemos porque Cristo ya lo ofreció todo al morir por nosotros, sufrió nuestro sufrimiento, padeció nuestra soledad, experimentó nuestra desesperación, murió de nuestra muerte. Podemos beber el cáliz de Cristo porque él lo bebió en su totalidad por nosotros. La “muerte de sus fieles” que canta el Salmo 115, nuestra muerte, nuestro sacrificio, nuestro sufrimiento, todo es verdaderamente precioso porque ahora todo ha sido bebido en su cáliz: Él ya ha sufrido nuestro sufrimiento, ha sido abandonado en nuestra soledad, ha sudado la sangre de nuestra agonía, ha muerto nuestra muerte, mi muerte, la muerte de cada uno de nosotros, la muerte de cada ser humano, de cada pecador. Ahora ya no podemos morir sólo de nuestra muerte: ahora podemos morir de nuestra muerte vivida por Cristo en la Cruz, de su muerte salvadora y de la nuestra. Ya no podemos sufrir sólo nuestro sufrimiento, ni estar solos y abandonados sólo en nuestra soledad. Tenemos la impresión de que esto es así, pero ya no es cierto. Nuestra muerte, nuestro sufrimiento, nuestra soledad abandonada, nuestra desesperación, Cristo los ha hecho suyos. Al igual que la vida. Ya no tenemos que limitarnos a vivir nuestra vida, porque Cristo ya ha vivido nuestra vida, la ha hecho suya, y es como si no hubiera más espacio de vida para nosotros que en la vida de Cristo, que en Cristo que ha asumido toda nuestra vida. Como escribe San Pablo a los Tesalonicenses: “Porque Dios no nos ha destinado al castigo, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros para que, despiertos o dormidos, vivamos con él.” (1 Tes 5,9-10)

Sobre esta base debemos entender nuestros votos y compromisos vocacionales, y el verdadero sacrificio que exigen de nosotros: “Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles”. (Sal 115,14-15)